

EL CONOCIMIENTO DE LOS VALORES

Por el Académico de Número
Excmo. Sr. D. Alfonso López Quintás*

Los valores son decisivos en nuestra vida, pero ¿cómo los conocemos? ¿Basta, para ello, movilizar la inteligencia o debemos disponer nuestro ánimo para responder a su apelación? ¿Qué función ejercen los valores en nuestra vida? ¿Cuál es el criterio para considerar algo como valioso? Estas son las preguntas que han inspirado mi disertación de hoy.

Se cuenta que, en plena guerra, un soldado le dijo al capitán: “Señor, un amigo mío no ha regresado del campo de batalla. Solicito permiso para salir a buscarlo”.

—“Permiso denegado —respondió el oficial—. No quiero que arriesgue usted su vida por un hombre que probablemente ha muerto”.

El soldado, haciendo caso omiso de la prohibición, salió, y una hora más tarde regresó mortalmente herido, transportando el cadáver de su amigo.

El oficial le recriminó ásperamente: “¡Ya le dije yo que había muerto! ¡Ahora he perdido a dos hombres! Dígame, ¿merecía la pena salir allá para traer un cadáver?”

Y el soldado, moribundo, respondió: “¡Claro que sí, señor! Cuando lo encontré, todavía estaba vivo y pudo decirme: Jack..., estaba seguro de que vendrías”.

(Cf. Anthony de Mello: *La oración de la rana*, Sal Terrae, Cantabria 1989, p. 201).

* Sesión del día 9 de octubre de 2007.

Esta anécdota resalta el valor de la *fidelidad en la relación de amistad*. En otra anécdota, tomada de *Los miserables*, Víctor Hugo nos sorprende con un ejemplo admirable de bondad pura. Un obispo recibe en su casa, de noche, a un ex-presidiario, Jean Valjean, que llama a la puerta y pide posada. Las amas de casa se asustan al ver a tan desgreñado sujeto. El obispo, con toda paz, les ordena preparar una buena cena y disponer la habitación de huéspedes. Al día siguiente, Jean Valjean se marcha, llevando consigo unos valiosos cubiertos de plata. Poco después regresa acompañado de tres guardias. El obispo finge que le ha regalado esos cubiertos, así como dos candelabros, que él se olvidó de llevar consigo. En consecuencia, los guardias lo dejan en libertad. Al quedarse a solas con él, el obispo le dice en voz baja: “*No olvidéis nunca que me habéis prometido emplear este dinero en haceros hombre honrado*”. “*Jean Valjean, hermano mío, vos no pertenecéis al mal sino al bien. Yo compro vuestra alma; yo la libro de las negras ideas y del espíritu de perdición, y la consagro a Dios*” (Cf. *op. cit.*, Círculo de Lectores, Barcelona 1967, p. 114).

Estos episodios nos sumergen en dos situaciones que alumbran sendos valores: la *fidelidad* y la *bondad*. Empezamos a entrever que el *camino real para descubrir los valores es la experiencia*. Ahora veremos cómo ha de ser esta experiencia para que resulte fecunda.

I.

LA EXPERIENCIA Y EL CONOCIMIENTO DE LOS VALORES

En principio, los valores nos *impresionan*, porque aparecen rodeados de una aureola de prestigio. Luego nos *apelan*, nos instan a realizarlos, nos invitan enérgicamente a convertirlos en un *principio interno de actuación*. Ya sabemos que los valores no sólo existen; *se hacen valer*. No son una mera idea. Son ideas propulsoras y orientadoras de nuestra conducta. Por eso debemos conocerlos con hondura y precisión. Esforzarse en adquirir este conocimiento es la gran labor iniciada, en Europa, por Sócrates y Platón. Gracias a ellos sabemos que, al decir, convencidos: “*El bien hay que hacerlo siempre; el mal, nunca... La justicia hay que practicarla siempre; la injusticia, nunca*”, las ideas de *bien* y de *justicia* son algo eminentemente real, por ser muy eficientes y valiosas. Son la fuente de una conducta bondadosa y justa. De ahí se deriva su gran poder para inspirar nuestra actividad.

Los conceptos que movilizamos desde niños iluminan nuestra mente y nos permiten expresarnos con sentido, sin que sepamos dar una definición precisa de los mismos. Cuando, de niño, me levantaba y abría la ventana que daba a la ría de Ferrol, veía a veces el mar tranquilo como un lago y surcado por veleros y lanchas, y me decía: “¡Qué *bonita* está hoy la ría!” Tenía razón al atribuir el concepto de

belleza a la ría, pero, si me hubieran preguntado qué es la belleza, no hubiera sabido contestar. Estaba seguro de que la ría era bella, pero no hubiera podido demostrarlo mediante una exposición precisa de las características de la belleza. Lo decisivo era que me *sentía inmerso en el reino de la belleza*.

A diario pronunciamos y oímos palabras muy significativas cuyo sentido preciso apenas conocemos pero nos iluminan la mente, pues abren en ella espacios de comprensión de cuanto existe. Si movilizamos, luego, nuestra capacidad de intuición y reflexión, vamos poco a poco penetrando en su secreto, viviendo de su riqueza interna como de un tesoro escondido. Pensemos en términos como *belleza, bondad, relación, encuentro, ideal, unidad, justicia, valor...* Los valores se nos revelan a través del lenguaje que nos viene transmitido por nuestros mayores, en los que solemos confiar. Si respondemos a esa primera manifestación y apelación de los valores, realizándolos en nuestra vida, vamos conociendo más y más su sentido y su alcance. Supongamos que leo un poema y adquiero una primera idea de su valor. Esta idea se hace más clara y profunda si aprendo el poema de memoria y lo declamo una y otra vez hasta que tenga la impresión de que todas sus cualidades resaltan y quedan a plena luz. La experiencia del poema es el *campo de luz* en que reluce el valor del mismo.

Podemos afirmar que los valores se alumbran en experiencias de *participación*, experiencias creadoras en las cuales los valores ejercen el papel de principio interno de actuación. Nuestro conocimiento es entonces *genético*: conocemos algo como si lo estuviéramos gestando por primera vez.

El conocimiento de la función que ejercen los valores

Este conocimiento de los valores se hace todavía más profundo y radical cuando descubrimos la función que están llamados a ejercer en nuestra vida. Como, según la ciencia actual, la vida de los seres humanos se realiza y perfecciona a través de diversas formas de encuentro, para conocer de verdad los valores hemos de investigar la función que ejercen en los acontecimientos de encuentro. Entonces los vemos *en su raíz*, en lo que constituye su razón de ser, la fuente misma de su relevancia.

Figurémonos que deseamos conocer a fondo el valor del *acogimiento*, al que cada día concede mayor importancia la Antropología filosófica. ¿Cómo experimentamos la relevancia de este valor? Viendo el papel que desempeña en nuestra vida desde el principio. Hoy afirman los biólogos y los pediatras más destacados que lo que más necesita un niño al nacer es ser bien acogido. Los seres humanos nacemos prematuramente, muy a medio gestar en el aspecto inmunológico, enzimático y neurológico. Este anticipo de un año fue determinado por el Creador (y,

derivadamente, por la Naturaleza) para que el bebé acabe de troquelar su ser fisiológico y psicológico *en relación con el entorno*. Su entorno es, en primer lugar, la madre, luego el padre y los hermanos mayores. Esa relación troquela debidamente el ser del niño si es una relación acogedora, tierna, amorosa, ya que ésta suscita en su interior un sentimiento de confianza en el entorno, que es una de las condiciones ineludibles del encuentro.

Al ver la función que desempeña el valor del acogimiento al inicio del desarrollo humano, nos hacemos cargo de su verdadera significación y relevancia *a lo largo de toda la vida*.

No basta, pues, hablar de cada uno de los valores, describir su sentido, resaltar su importancia. Debemos ver la eficacia que muestran en el proceso de configuración de nuestra personalidad. Esta configuración tiene lugar, sobre todo, en la fundación de relaciones de encuentro. Para encontrarnos —es decir, para crear un *estado de comprensión, ayuda, amor y enriquecimiento espiritual mutuo*— debemos adoptar una actitud de generosidad, veracidad, confianza, fidelidad, paciencia, comunicación cordial, participación en tareas nobles... Estas y otras actitudes afines encierran un gran valor porque hacen posible el encuentro y, con él, nuestro desarrollo personal. Con razón las consideramos como “valores”. Es valioso todo aquello que contribuye a perfeccionarnos. Por el hecho de estar dispuestos al encuentro descubrimos ya una serie de valores, que, al asumirlos como criterios de conducta, reciben el nombre de *virtudes*.

Si practicamos estas virtudes —con los valores que implican— y tenemos la suerte de hallar otra persona que adopte la misma actitud, vivimos una experiencia auténtica de encuentro. Entonces experimentamos sus *frutos*: energía interior, sentido, alegría, entusiasmo y felicidad; sentimiento de plenitud que se manifiesta en forma de paz y amparo interiores, así como en gozo festivo, es decir, júbilo. Al experimentar estos frutos —que entrañan otros tantos valores—, nos damos cuenta —sentimos verdaderamente— que en la vida humana no hay un valor superior al encuentro, o dicho más en general, al hecho de crear modos elevados de unidad. Acabamos de descubrir el valor supremo, el que da sentido y sostiene a todos los demás, como una clave de bóveda: *el ideal de la unidad*.

En este momento, el nombre de los valores antedichos suscita en nosotros una especial vibración, pues ya sabemos la altísima función que ejercen en nuestra vida. En un debate televisivo, varias personas me reprocharon que defendiese la fidelidad matrimonial. “¿Por qué te empeñas —me decían— en obligar a las gentes a aguantar durante toda la vida?” “Pero si no se trata de *aguantar*, les respondí yo; aguantar es propio de muros y columnas. Los seres humanos estamos llamados a algo superior, que es *ser fieles*, es decir, crear en cada momento la forma de vida que, en un determinado momento, prometimos crear. Lo que importa es vivir el

amor con autenticidad en cada momento. Entonces el amor perdura de por sí, como dura un buen paño. No debemos pensar en lo duro que es prometer *para toda la vida*. Debemos prometer esforzarnos en dar al amor una alta calidad *cada día*. Con ello tenemos garantía de que el amor perdure, naturalmente con las modalidades propias de cada edad”.

No bien terminé de hablar, otro participante replicó con hosquedad: “Pero ¿por qué ponéis algunos tanto interés en defender la fidelidad matrimonial? Dejad que cada uno haga lo que desee...”. “Es obvio, le contesté, que yo no dispongo de mando para obligar a nadie a asumir ciertos valores. Además, no tiene sentido coaccionar a alguien para que realice los valores, pues los valores no se *imponen; atraen*, que es bien distinto. Por eso la labor de los pedagogos es acercar a las gentes al área de irradiación de los valores. El resto lo hace el valor mismo, que es *imponente* por su eficacia, pero no se *impone*; invita a las gentes a que lo realicen y, de esta forma, se realicen plenamente como personas. Si me preguntan, pues, por qué defendiendo la fidelidad —y lo mismo diría de la cordialidad, o la piedad o la justicia...—, contestaré sencillamente: *porque es un valor, y nos permite encontrarnos, y conseguir, así, una vida lograda*”. No se trata de imponer los valores, sino de descubrir la función que realizan en nuestra vida y dejar al descubierto toda su relevancia.

Lo que son los valores y la razón por la cual debemos asumirlos activamente en la vida sólo podemos determinarlo al observar de cerca cómo se desarrolla nuestra personalidad. Este desarrollo tiene dos momentos decisivos: 1º) cuando descubrimos lo que significa, en sentido estricto, encontrarse y cuál es el ideal verdadero de nuestra vida (niveles 2 y 3); 2º) cuando optamos incondicionalmente por este ideal —el *ideal de la unidad*— y orientamos toda la vida hacia él (*nivel 3*).

Necesidad de reflexionar sobre el valor de la unidad

Lamentablemente, es posible que no hayamos pensado lo suficiente en el valor de la unidad. Desde antiguo se viene diciendo que “la unión hace la fuerza” y “el cordón de tres dobleces con dificultad se rompe”... Esto es verdad, pero resulta peligroso, porque induce a pensar que la unidad es un medio para un fin: el de tener fuerza y adquirir resistencia. Pero la unidad es *un fin en sí*; es decir, el estar unidos encierra de por sí un gran valor; constituye una meta en la vida. Hoy día, todas las disciplinas que estudian al ser humano confluyen en la idea de que vivir una alta forma de unidad es la meta por excelencia de nuestra vida, porque es el valor supremo.

Para descubrir por dentro este valor de la unidad, recordemos uno de los “motivos-guía” de estos tres cursos: Al desarrollarnos como personas, realizamos constantemente todo tipo de *transfiguraciones*, que elevan de rango y de valor a las realidades que tratamos y nos permiten unirnos más profundamente con cuanto nos rodea:

— Convertimos una tabla en tablero de juego, y con éste podemos unirnos más intensamente que con la tabla.

— Convertimos un papel en partitura musical, y con ella nos unimos de forma más íntima que con el papel, la tabla y el tablero.

— Al tocar el piano y crear en él una obra musical, convertimos el pianomueble en piano-instrumento, y podemos unirnos a él de forma mucho más valiosa que cuando acariciamos por fuera la tabla que lo recubre. Adquirimos, así, una unión profunda con el piano, con la obra, con el autor de la obra, con el estilo del autor, con la época del autor...

Pero hay formas todavía más elevadas de unidad.

— Convierto la mera cercanía con una persona en encuentro, y me uno *íntimamente* a ella.

— Convierto un piso en hogar, cuando creo en él relaciones personales de encuentro, y fundo así un clima de *verdadera intimidad*.

— Convierto cada camino que transito en una “ruta de mi vida”, una vía hacia la realización de mi vocación y mi misión, y me uno íntimamente a todas las vías que recorro en la vida, porque, vistas así, son los hilos que tejen la trama de mi existencia. Es lo que sugirió bellamente el poeta Antonio Machado al decir que se hace camino al andar.

*“Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar”.*

(Cf. *Proverbios y Cantares*)

¿Cómo se entiende la afirmación de que hacemos camino al andar? En la vida encontramos muchos caminos ya hechos (*nivel 1*). Los caminos que hacemos nosotros son las rutas que trazamos en la vida para realizar los proyectos que nos dan sentido (*nivel 2*). Si el camino ya trazado por la sociedad me sirve para seguir

una determinada ruta, gana para mí un valor. El valor no está en las cosas (*nivel 1*); surge merced a nuestra energía creativa (*nivel 2*). Cuanto mayor sea esta energía, más profundo será nuestro conocimiento de los valores.

En verdad, es un gran privilegio del hombre poder conocer los valores, jerarquizarlos según su rango, descubrir la espléndida función que desempeñan en nuestra vida. De ahí que el esfuerzo empleado en realizar esta tarea no quedará sin recompensa.

El conocimiento de los valores debe ser genético

Acabamos de descubrir una clave para comprender los valores y la forma de conocerlos a fondo. El único modo de conocer de verdad una realidad que pertenece a la vida humana es verla en su génesis, como algo vivo que brota y se desarrolla. Los valores no se los conoce de forma estática, sino dinámica. Los valores nos muestran que son necesarios para nuestra vida en cuanto nos ofrecen posibilidades creativas, sobre todo para fundar formas de encuentro. Si asumimos estas posibilidades activamente, descubrimos su eficacia y quedamos interiormente persuadidos de su relevancia. Recibir posibilidades activamente para dar lugar a algo nuevo dotado de cierto valor es la definición de la *creatividad*.

Los valores no se revelan a quien desea conocerlos de forma comprometida. Sólo se dan a conocer a quienes están de antemano dispuestos a abrirse a lo valioso, lo que es fuente de vida. Pero ¿cómo podemos adoptar esa actitud de acogimiento respecto a los valores si todavía no sabemos si existe el valor? La respuesta es muy clara: A medida que creamos diversas formas de encuentro y experimentamos sus espléndidos frutos, sentimos que la vida tiene valor porque vale la pena vivirla, aunque sea a veces dura y amarga. Vivir la vida con autenticidad supone vivirla creando formas de encuentro en virtud del ideal de la unidad.

Esta convicción básica de que la vida encierra valor porque tiene sentido vivirla la adquirimos ya de niños si tuvimos el privilegio de nacer y crecer en una familia bien estructurada y acogedora. En este tipo de familias, lo normal es vivir en el *nivel 2*, en el que se adopta frente al entorno una actitud de generosidad, y, por tanto, de respeto, estima y colaboración. El *respeto* nos lleva a renunciar a la voluntad de dominar y manejar todas las realidades —incluso las personas— como si fueran objetos. La *estima* nos inclina a reconocer los valores de los demás. La voluntad de *colaboración* nos insta a entreverar nuestras posibilidades de vida para crear un estado de enriquecimiento mutuo, es decir, de encuentro. Al adoptar esa actitud de respeto, estima y colaboración, nuestra vida se llena de sentido y de valor, porque se convierte en una trama de encuentros. Al vivir en estado de encuentro, sentimos que la vida tiene valor.

El conocimiento de los valores y la creatividad

Pero el encuentro hay que *crear*lo, cumpliendo todas sus condiciones.

Esto nos permite descubrir que la creatividad es una de las condiciones fundamentales para descubrir los valores. Por eso el Principito (según el relato de Saint-Exupéry), cuando llegó a la tierra en busca de amigos lo primero que hizo al ver al piloto en la desolación del desierto no fue pedirle que le diera de beber y lo llevara a casa, sino que le dibujara un cordero, es decir, que se elevara al *nivel 2*, el nivel de la creatividad. Hubiera significado lo mismo pedirle que le cantara una canción o le contara un cuento. Quería probar su disposición a vivir en el nivel donde florece el encuentro y, derivadamente, la verdadera amistad. Cuando el piloto abandonó el trabajo urgente de arreglar el avión —y salvar, así, su vida— y acogió al principito para consolar su llanto, éste cobró confianza, le abrió el corazón y le hizo confidencias. Con ello inició un proceso de encuentro entrañable. En tal proceso descubrieron los dos una serie de valores: el de la confianza, la entrega generosa, la búsqueda en común del sentido de la vida, el encuentro y su poder de *transfigurarlo* todo: el dolor, la muerte, el paisaje, los espacios siderales...

Vemos, cada vez, con mayor claridad que *los valores se descubren siempre de forma dinámica y comprometida*. El principito analizó su flor; descubrió que era vanidosa y la abandonó en busca de amigos. Más tarde descubrió que el amor se dirige a la persona, no sólo a las cualidades de la persona. A través del trato cordial y comprometido con una persona, ésta se convierte para nosotros en “única en el mundo”, y nos conquista el corazón. Ese valor de ser *único en el mundo para alguien* se adquiere a través del trato, surge a través del encuentro diario. Esto lo descubrimos cuando movilizamos la inteligencia y el corazón, es decir, la voluntad de poner corazón en lo que hacemos. Por eso le dijo el zorro al principito: “*Sólo se conoce bien con el corazón*”. Sólo se conoce de verdad lo que uno ha “domesticado”, es decir, convertido en “amigo”.

Pensemos, por ejemplo, en el valor de la *piedad*. Sabemos que significa la tendencia a ayudar a los menesterosos, pero su conocimiento verdadero se alumbraba cuando lo vivimos por dentro, al darle vida en una situación concreta. Bajaba yo un día las escaleras mecánicas del “metro” madrileño. No había allí nadie en ese momento, excepto un señor que intentaba saltar a la escalera de subida pero no acertaba a manejar sus muletas adecuadamente. Advertí claramente que estaba en peligro. Yo tenía prisa pero me sentí llamado a ayudarlo. Cuando llegué abajo, ya él había saltado a la escalera. Muy pronto empezó a inclinarse hacia atrás. Salté a la cinta rápidamente y lo sostuve fuertemente con ambas manos. Si se hubiera caído, se hubiera accidentado gravísimamente. Me alegré de haber respondido a la llamada del valor de la *piedad*. La fuerza de este valor, su inmensa riqueza la percibí cuando, tras acompañar al buen hombre por las escaleras y los pasillos hasta la sali-

da, me despidió con una mirada de agradecimiento difícil de olvidar. Me recordó el mensaje que nos da Antoine de Saint-Exupéry en su obra *Tierra de los hombres: la piedad nos devuelve el amor a la Humanidad*. Lo expresa bellamente uno de los pilotos, joven, rico y fuerte, al dirigirse, agradecido, al hombre más humilde del desierto, el beduino que le dio buena parte de su escasa ración de agua para librarlos a él y a su amigo de morir de sed en aquel mar de arena ardiente:

“¡Ah! Habíamos perdido la pista de la especie humana, nos habíamos alejado de la tribu, nos encontrábamos solos en el mundo, olvidados por una migración universal, y he aquí que descubrimos, impresos en la arena, los pies milagrosos del hombre”. “En cuanto a ti que nos salvas, beduino de Libia, tú te borrarás sin embargo para siempre de mi memoria. No me acordaré más de tu rostro. Tú eres el Hombre y te me apareces con el rostro de todos los hombres a la vez. No nos has visto nunca y ya nos has reconocido. Eres el hermano bienamado. Y a mi vez, yo te reconoceré en todos los hombres”. “Tú me apareces bañado de nobleza y de bondad, gran Señor que tienes el poder de dar de beber. Todos mis amigos, todos mis enemigos en ti marchan hacia mí, y yo no tengo ya un solo enemigo en el mundo”.

(Cf. *Terre des hommes*, Gallimard, Paris 1939, p. 207; *Tierra de los Hombres*, Círculo de Lectores, Barcelona 2000, pp. 165-166).

La generosidad del pobre recadero del desierto no sólo les salvó a los pilotos la vida biológica sino también la espiritual, pues les ayudó a descubrir el verdadero valor de la generosidad y el encuentro, por una parte, y del agradecimiento, por otra. Agradecer una acción realizada con espíritu benevolente significa indicar que se está a la recíproca en cuanto a generosidad. Ese triple descubrimiento llevó a los pilotos a reconciliarse con la Humanidad. En verdad, los valores se nos revelan plenamente en las experiencias de *participación*. Se alumbran en el *juego de la vida*, cuando uno se compromete con las situaciones, instado por un valor entrevisto.

Nada más lógico, porque los valores tienen un modo de ser abierto, relacional. Nos ofrecen posibilidades, y, al asumirlas nosotros, se nos revelan en toda su riqueza. Esta revelación acontece entre los valores y quien los asume activamente. En el *nivel 2* —el de la creatividad y el encuentro—, nada se nos manifiesta si nos mantenemos pasivos, sin la decisión de aceptar, de forma comprometida, aquello que se nos ofrece. En la conocida obra de Samuel Beckett, *Esperando a Godot*, los dos protagonistas se hallan esperando que venga a salvarlos Godot, es decir, una instancia superior, poderosa y enigmática. Estragón dice: “*No hagamos nada. Es lo más prudente...*”. Vladimir agrega: “*Tengo curiosidad por saber qué va a decirnos Godot. Sea lo que sea, no nos compromete a nada*”. (*op. cit.*, Barral Editores, Barcelona 1970, p.

19; *En attendant Godot*, Les Editions du Minuit, Paris 1973, pp. 22-23). La espera se hace larga y Godot no aparece. Aunque hubiera ido, no hubiera podido hacer nada por unas personas que de antemano se habían cerrado a su mensaje.

De aquí se induce la necesidad de cultivar desde la infancia el sentido de la admiración, del asombro ante lo que es prometedor, lo que nos ofrece posibilidades y se nos revela como valioso si acogemos activamente tales posibilidades para dar lugar a algo nuevo dotado de sentido. Es erróneo, pues, pensar que descubrimos los valores de esta forma: 1) los valores aparecen ante nosotros de forma espontánea, como se nos muestran los objetos cuando hay luz; 2) los examinamos con una actitud neutral; 3) decidimos si los aceptamos o no. Si adoptamos esta actitud comprometida, propia del nivel 1, los valores no se nos revelan. Debemos atenernos a la lógica del nivel 2, que podemos denominar “circular”. Según ella, los valores se nos revelan cuando estamos dispuestos a escuchar su apelación y realizarlos en nuestra vida.

Vivimos en un entorno lleno de realidades valiosas, es decir, realidades que nos ofrecen posibilidades creativas. Pensemos, por ejemplo, en una obra musical que se nos manifiesta en una partitura. Al principio entrevemos tales realidades, y sólo llegamos a conocerlas si nos acercamos a ellas con ánimo de asumir dichas posibilidades y crear campos de juego comunes. Estos *campos de juego* son *campos de iluminación*, y a su luz se conocen los valores.

Lo importante es acercarse a dicha área de irradiación de los valores con espíritu abierto, con sensibilidad para el asombro ante lo grande, dispuestos a asumir activamente las posibilidades de vida que nos dan los valores, como hace el intérprete musical al entrever el valor de una obra en su primera ojeada a la partitura.

Nuestra personalidad se desarrolla cuando nos encaminamos hacia metas cuya grandeza entrevista nos atrae e impulsa. Este impulso es una fuerza inspiradora. En estas experiencias reversibles —bidireccionales— actuamos *inspirados*, es decir, nos dejamos llevar de realidades valiosas, convertidas en el principio de nuestro obrar. Tales realidades son, entre otras, un poema, una norma moral, una obra musical, cualquier realidad valiosa...

Veamos cómo se clarifican algunos valores al destacar la función que ejercen en nuestro proceso de desarrollo personal.

II. CONOCIMIENTO, POR VÍA DE PARTICIPACIÓN, DE ALGUNOS VALORES

1. La vocación y la misión

Dos de los valores que, al principio, se nos revelan de forma borrosa y están llamados a ser en nuestra vida una fuente de inmensa energía y tenacidad son la *vocación* y la *misión*. Me siento *llamado* a llevar tal o cual género de vida y *enviado* a desarrollar un tipo determinado de actividad. Esta misión y esa vocación me sirven de inspiración un día y otro, me guían y me dotan de una gran fuerza. No se trata de meras ideas o suposiciones ilusas. Son *principios de vida*. Me siento llamado a algo valioso, y lo persigo y realizo. Son algo en lo que participo intensamente por ser la razón de mi vida. Su valor es tan grande como el sentido de mi existencia.

2. El valor de la inteligencia madura y las ideas precisas

Tener ideas fecundas, claras, firmes, precisas, incontaminadas... es un tesoro. En otras intervenciones subrayé la necesidad de conocer los diversos niveles de realidad en que podemos vivir las personas y la necesidad de adaptar nuestra conducta a las exigencias de las distintas realidades. Cualquier desajuste por nuestra parte repercute gravemente en nuestra vida. Si situamos nuestra actividad en el *nivel 1* —el del dominio, posesión, manejo y disfrute de objetos—, no daremos a nuestro trato con las demás personas una mínima calidad. Confundiremos el entusiasmo con la euforia, el gozo con el goce, el amor con la apetencia..., y desquiciaremos nuestra conducta.

Si fallan nuestras elecciones básicas, debido a la confusión de ideas y actitudes, nuestra mente y nuestro espíritu se desajustan y enferman. Tal desajuste acaba desordenando la vida de los hombres y de la sociedad. Cuidar la salud de la mente significa cultivar la vida de la inteligencia, ejercitar el arte de pensar con el debido rigor, matizar las ideas, mantenerlas libres de toda contaminación. Las ideas penetran las estructuras de la vida de las personas y de la sociedad. Las ideas ricas de contenido, vigorosas y precisas nos guían e impulsan, nos abren horizontes de vida y nos animan a incorporarlos en nuestra vida. Las ideas falsas, turbias y desajustadas, oscurecen nuestra mente y desorientan nuestra vida; bloquean nuestro desarrollo personal.

De aquí se deduce que cultivar la inteligencia para lograr ideas precisas sobre las cuestiones decisivas de la vida sea una tarea inmensamente valiosa, ineludible.

3. El valor del sentido

Eminentes psicólogos y psiquiatras afirman actualmente que la felicidad y el equilibrio psíquico de los seres humanos depende de que su vida tenga sentido. No hay mayor emoción que ver la propia existencia desbordante de sentido. No existe mayor desconsuelo que verse falto de sentido. A lo largo de la vida advertimos que el valor del sentido es inmenso. Pero ¿cómo se colma la vida de sentido? La respuesta es fácil si vivimos las doce fases que debemos recorrer hacia la plenitud personal. Nuestra vida adquiere sentido si la orientamos decididamente hacia el *nivel 3*, el nivel de los grandes valores —la verdad, la bondad, la justicia, la belleza...—, que culminan en el *ideal de la unidad*. Vernos colmados de sentido nos alborozan porque nos asegura que estamos instalados en la verdad, obligados a aquello que nos realiza plenamente como personas.

Advertimos claramente que el valor del sentido lo descubrimos de modo *dinámico*, al orientar la vida hacia el ideal de la unidad y sentir que nuestra vida alcanza una sorprendente elevación. Orientar de este modo la vida supone consagrarla a fundar relaciones de encuentro. En este *espacio de compromiso creador* se alumbra el valor del sentido.

4. El valor de la tolerancia

La tolerancia ha sido concebida y definida de formas diversas. Su verdadero valor se nos revela, a mi entender, cuando descubrimos la función que ejerce en nuestra vida. El papel de la tolerancia en nuestro camino hacia la plenitud personal es el de *buscar la verdad en común*. Para vivir plenamente, necesitamos ajustar nuestra vida a la realidad, tal como se nos manifiesta luminosamente en nuestra experiencia y en los estudios de los expertos. Esa manifestación luminosa de la realidad es *su verdad*.

Nuestro camino hacia la verdad es siempre limitado y parcial, pues viene determinado por nuestra forma de ver las realidades y los acontecimientos. Necesitamos complementar esta perspectiva nuestra con la de otras personas. Alguien puede estar en desacuerdo con nosotros respecto a nuestra manera de ver y juzgar algo. Si soy tolerante, no lo rechazo por contradecir mi opinión. Al contrario, respeto y estimo su capacidad de buscar y encontrar la verdad. Por eso atiendo a las razones que aporte y estoy dispuesto a cambiar de opinión si tales razones me resultan convincentes. Esa flexibilidad de espíritu no responde a indiferencia respecto a la verdad, sino a mi decisión de preferir la verdad a la defensa orgullosa de mis posiciones.

Vista de esta forma profunda, la tolerancia no se reduce a *permissividad*, que responde a indiferencia respecto a la verdad y al bien de los demás. Tal per-

misividad no nos perfecciona; nos empobrece. La tolerancia nos pone en camino de ajuste a la realidad, vista —por diferentes vías- en su plena verdad.

5. El valor de la veracidad

Si describimos lo que es la veracidad, de modo abstracto, como la actitud fiel a la verdad, podemos caer en el error de pensar que se trata de una actitud sumisa, nada creativa, sometida a los cauces de la realidad e incapaz de tener iniciativas propias. Vista dinámicamente en el proceso de desarrollo humano, se nos manifiesta como una condición básica para crear relaciones de encuentro. La veracidad suscita *confianza*, y ésta lleva a hacer *confidencias*, que facilitan el intercambio de posibilidades que supone el encuentro. Presenta, pues, una condición muy positiva. Este carácter se acrecienta al pensar que el ajuste a la realidad —y, por tanto, a la verdad— incrementa la *libertad creativa*, propia del *nivel 2*, aunque amengüe la *libertad de maniobra*, propia del *nivel 1*.

Hace un tiempo, tres notables periodistas abandonaron una emisora de radio porque sus estudios estaban presididos por el lema: “La verdad os hará libres”. Ignoraban, al parecer, que la atencencia a la verdad no implica una *sumisión pasiva* —propia del *nivel 1*—, sino un *ajuste activo y creador* (característico del *nivel 2*), de modo semejante a como la fidelidad absoluta a una partitura y a la obra en ella expresada no se traduce en sujeción servil; incrementa al máximo la libertad creativa.

6. El valor de la historicidad

Vivir históricamente implica un alto valor, que debemos estimar y potenciar en cada momento. No se reduce a *vivir decurrentemente*, condición que también comparten las plantas y los animales. Indica que, en cada instante de la vida, recibimos posibilidades creativas de nuestro pasado; con ellas hacemos surgir posibilidades nuevas, y se las transmitimos a las generaciones más jóvenes. De esta forma se vinculan creativamente el pasado, el presente y el futuro.

Este valor va unido a otros tan relevantes como la creatividad, el sentido, la solidaridad, el entusiasmo... Resulta admirable la imagen de Mme Curie extenuándose para conseguir unos hallazgos de cuya fecundidad médica no iba ella a disfrutar. Es, asimismo, entrañable la estampa de un filósofo como Xavier Zubiri que, a sus 80 años, dedicó el breve plazo de vida que le habían garantizado los médicos a concluir unas obras que hoy son para todos una fuente de luz y energía interior. Fueron personas que vivieron intensamente el valor de la historicidad, bien entendido. Este valor lo comprendemos en todo su alcance cuando hacemos la

experiencia personal de la creatividad y descubrimos que, para ser creativos, debemos ser solidarios: recibir posibilidades del pasado, incrementarlas en el presente y transmitir las a las nuevas generaciones.

Vemos de nuevo que, al seguir por dentro el proceso humano de desarrollo, se alumbran ante nosotros los distintos valores en su espléndida riqueza, es decir, en su verdad.

7. El valor de ser locuentes

Una de las tareas más importantes de la formación humana consiste en descubrir el valor del lenguaje, o mejor, el valor que encierra el hecho de que seamos *locuentes*, seres que hablan. Este valor no se reduce al poder de comunicarnos. Implica la capacidad de ser llamados y responder; ser invitados generosamente a compartir la vida y responder con agradecimiento a esa invitación. Antes de nacer, cada uno de nosotros estuvimos presentes en el proyecto amoroso de nuestros padres. Si éstos se casaron abiertos a la vida —por exigencias del mismo amor conyugal—, al unir sus vidas en un proyecto común nos llamaron a la existencia. Nuestra vida ha de ser una respuesta agradecida a tal llamada. Por estar insertos en el espacio de amor abierto por esta llamada y esta respuesta, somos locuentes. Toda nuestra vida, con cada uno de sus actos, debe ser una elocuente manifestación de agradecimiento.

Esta condición básica de nuestra vida llevó a Ferdinand Ebner —genial precursor de la Antropología filosófica actual— a vincular estrechamente la palabra y el amor:

“La palabra y el amor se implican. Todas las desgracias que ocurren entre los hombres proceden de que éstos rara vez pronuncian la palabra recta. La palabra recta es siempre aquella que pronuncia el amor”. “Hay dos hechos, no más, en la vida espiritual; dos hechos que se dan entre el yo y el tú: la palabra y el amor. En ellos radica la salvación del hombre, la liberación de su yo de su autorreclusión. La palabra sin amor. ¡Qué abuso del lenguaje es esto! Aquí la palabra lucha contra su propio sentido, se burla espiritualmente a sí misma y pone fin a su propia existencia”.

(Cf. *La palabra y las realidades espirituales*, Caparrós, Madrid 1993, p. 125; *Das Wort ist der Weg*, Herder, Viena 1949, pp. 112, 142).

8. El valor de los dones primarios

El valor del lenguaje es uno de los dones primarios que constituyen la base de nuestra vida. Debemos afinar nuestra sensibilidad para agradecer y valorar debidamente los dones primarios, los que recibimos al nacer. Hemos de acoger con agradecimiento cuanto se nos ha dado: nuestro ser personal, con sus peculiaridades, sus potencias y sus limitaciones; la situación en que nos hallamos al nacer: la familia, el país, el clima, la cultura, la tradición... Todo esto es algo *originario*, supone el punto de arranque de nuestra existencia. Por eso no fue posible consultarnos sobre nuestras preferencias. Estamos ante nuestro punto de partida, el acontecimiento primario de nuestra existencia, y hemos de tener la sabiduría de aceptarnos a nosotros mismos, con todas las implicaciones que alberga nuestro ser.

Por el afán de poseer, dominar y manejar las realidades, nos resistimos, con frecuencia, a reconocer el alto valor de los dones primarios. Pero este reconocimiento, por responder a una ley de vida, constituye el punto de partida para un normal y fecundo desarrollo de nuestra personalidad.

9. El valor de la libertad auténtica o libertad creativa

En el proceso de desarrollo humano marca una cumbre el descubrimiento del valor de la verdadera libertad. Yo me siento verdaderamente libre cuando me distancio de mis apetencias y me vinculo a las realidades que me ofrecen posibilidades de una vida fecunda. Cuanto más decididamente asumo tales posibilidades, más libre me siento para llevar una vida creativa. Entonces veo las normas morales como valores que fomentan mi libertad creativa. Lo mismo que, cuando me atengo fielmente a una partitura musical, me siento libre interiormente, es decir, capaz de dar vida a la obra con soltura, decisión, rotundidad, belleza.

Es decisivo advertir que actúo con libertad creativa cuando voy buscando algo libremente en virtud de la energía que me otorga la realidad buscada. No soy autónomo, pero sí libre. Estoy ob-ligado a una obra, vinculado profundamente a ella, y, al mismo tiempo, me siento libre de veras. Es el valor de la libertad creativa y de las normas vistas en el *nivel 2*. Estamos ante una visión de la vida amplia, flexible, integradora, llena de *contrastes* —que enriquecen—, no de *contradicciones*, que desgarran y empobrecen.

10. El valor de los sentimientos

Bien entendidos, los sentimientos humanos no se reducen a emociones pasajeras; significan la vibración de toda la persona ante lo valioso. Esta vibración

cordial es indispensable para la fundación de relaciones de encuentro. De ahí la importancia de cultivar la vida del corazón, darle la elevación debida, descubrir su capacidad de conocer las realidades más elevadas e insertarse en el *ordo amoris*, es decir, en la trama de preferencias —o líneas de afecto— que determina la orientación que tomamos en cada momento de la vida.

“Quien posee el ordo amoris de un hombre posee al hombre —escribe Max Scheler—. (...) El hombre no prefiere siempre las mismas cosas y las mismas personas, pero sí las mismas clases de personas y de cosas, clases que son, en todo caso, clases de valores que le atraen en todas partes conforme a ciertas reglas constantes del preferir (o posponer) lo uno a lo otro, o le repelen dondequiera que vaya. (...) En cada caso de este atraer y repeler se oculta el ordo amoris del hombre y su especial relieve”.

(Cf. *Ordo amoris*, Caparrós, Madrid 1996, pp. 27-29. Versión original: *Schriften aus dem Nachlass. I. Zur Ethik und Erkenntnislehre*, Francke, Berna 1957, pp. 348-349).

Si se deprecian los sentimientos, por reducirlos a meros estados subjetivos y arbitrarios del ser humano, se resta importancia al papel que representa el corazón en el proceso de desarrollo de nuestra personalidad.

11. El valor de la alegría

Si quiero conocer de veras el valor de la alegría, debo examinar la función que ejerce ésta en mi vida diaria. Los seres humanos nos desarrollamos a través del encuentro, y uno de los frutos más sobresalientes del encuentro auténtico es la alegría. Si estamos de verdad alegres, no sólo *divertidos* sino *alegres en lo más hondo de nuestro ser*, indica que vivimos una vida de encuentro. La alegría es un testimonio elocuente de una vida lograda. No es algo superficial, sino muy profundo; revela un estado de ánimo, una actitud ante la vida.

Romano Guardini, el gran pedagogo italoalemán, puso gran empeño en lograr que sus discípulos descubriesen el valor de la verdadera alegría.

“Vamos a intentar que nuestro corazón se vuelva alegre. No divertido; eso es algo bien distinto. Divertirse es algo externo, que hace ruido y desaparece rápidamente. En cambio, la alegría vive dentro, es callada y echa profundas raíces. Es hermana de la seriedad (...)”.

(Cf. *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid 2000, p. 11; *Briefe über Selbstbildung*, Grünewald, Maguncia 1930, p. 6)

12. El valor de la ternura

Este valor va unido con la necesidad primaria de todo ser humano de sentirse acogido. Llama la atención que, en el momento cumbre de una de las obras más imponentes de la cultura universal —la *Novena Sinfonía* de Beethoven—, se aúnen la orquesta y el coro para enviar un beso y un abrazo a toda la Humanidad. El cosmos entero parece sentirse acogido por ese abrazo inmenso. Cuando nos elevamos de la ternura expresada en la relación de intimidad personal a la ternura vertida a la humanidad entera nos volvemos adultos, porque logramos una gran apertura afectiva —opuesta a la mera fusión egoísta— y, por tanto, un alto grado de madurez. Nos sentimos, entonces, insertos en el *ordo amoris*, en la ordenación viva de los seres hacia el ideal de la unidad. Tal inserción tiene un valor impresionante. Nos sobrecoge sentirnos dentro de un *orden del amor*, de una ordenación viva de los seres hacia el ideal del encuentro. Cada persona tiene un *ordo amoris* peculiar. Conocer esa trama de líneas de afecto es conocer a la persona. En todo el universo hay un *ordo amoris*, en el que debemos insertarnos activamente. No se trata de una mera efusión sentimental, sino de una manifestación muy seria y constructiva del auténtico sentimiento humano, que es la vibración de toda la persona ante lo verdaderamente valioso.

Destacados psicólogos subrayan actualmente que, si en nuestra vida es importante el amar, tanto o más lo es ser amado, aceptar ser amado, sentirse acogido, aceptado, valorado; en una palabra: *verse inserto en el ordo amoris de la humanidad*.

CONCLUSIÓN

Criterio para discernir si algo es valioso

Para descubrir si algo encierra valor hemos de ver si nos lleva al ideal de la unidad. Hay una tendencia difusa en la sociedad actual a considerar como *valioso* todo lo *deseable*. Se piensa, en el fondo, que el mero desear algo es el árbitro absoluto del valor. Si somos egoístas, caemos en este malentendido, pues lo vemos todo desde nuestra perspectiva de solitarios. El deseo ejerce un papel positivo en nuestra vida por ser un primer detector de lo valioso; nos insta a salir de nosotros mismos en busca de algo que se nos presenta como apetecible. Desear es sentir nostalgia por lo que encierra valor, es decir, posibilidades de vida en plenitud. Y esta nostalgia es fuente de energía. Pero ésta debemos orientarla de forma que realicemos nuestra vocación y nuestra misión en la vida.

La misión y vocación de todo ser humano consiste en lograr el ideal adecuado a su alta dignidad. Si deseamos firmemente —es decir, si *queremos* de

veras— alcanzar esta meta, nos situamos en la perspectiva adecuada para descubrir el rango de cada valor y discernir qué valores han de tener la primacía en nuestros actos de elección.

Esta forma de elegir no nos viene *impuesta* por ninguna tradición o doctrina ajena a nosotros. Nos es propuesta por nuestra misma experiencia. Las doctrinas que la tradición nos lega se anticipan a indicarnos dónde está la clave para una elección certera. Pero somos nosotros, con la luz que brota en el ju ego que hacemos con la realidad circundante, quienes hemos de optar con plena lucidez y garantía de éxito.

La ceguera para el valor

Las experiencias de vértigo o fascinación, al anular la posibilidad del encuentro y desconectarnos de lo real, nos desgajan de los valores. Y , como éstos sólo se revelan a quien participa en su juego, el desarraigo provocado por el vértigo se traduce en *ceguera para el valor*. Una vez producida tal ceguera, la “subversión de valores” —la alteración arbitraria de la escala de valores— resulta tarea fácil. Los valores que resaltan en las experiencias de éxtasis son sustituidos, con dramática naturalidad, por los antivalores que provocan las experiencias de vértigo.

Estas experiencias fascinantes pueden dar a personas inexpertas una impresión de fecundidad creadora. Son experiencias intensas, atractivas, conmovedoras, exaltantes. Pero esta *exaltación* es opuesta a la *exultación* que conduce al pleno desarrollo humano. No debemos caer en el error de pensar que son creativas todas las experiencias humanas, incluso las de vértigo. Ello nos llevaría a creer que para llevar una vida ética basta realizar todo tipo de experiencias por vía de puro experimentalismo. *Creatividad* no se confunde con *activismo*. Nada más importante que precisar lo que ha de entenderse por actividad creativa y cuál es su articulación interna.

De todo lo antedicho se deduce que para educar en valores a niños y jóvenes no basta precisar su significado y sus implicaciones. Todo ello es útil, pero insuficiente. Por eso, los libros destinados a tal análisis han de complementarse con los que describen el proceso de desarrollo de la personalidad humana. En coherencia con esta convicción, antes que *El libro de los valores* (Planeta, Barcelona) escribí *El conocimiento de los valores* (Verbo divino, Estella, Navarra) e *Inteligencia creativa* (BAC, Madrid), obras que fueron complementadas posteriormente con otras dos: *Descubrir la grandeza de la vida* (Verbo divino) y *El secreto de una vida lograda* (Palabra, Madrid).